

CUESTIONES DE NORMA

Roberto García
Centro de de Estudios Interdisciplinarios sobre Política y Planificación Lingüísticas
Universidad Nacional de Tucumán

Eje temático: 1. Políticas lingüístico-culturales e identidad.

Periódicamente y con más frecuencia en los últimos tiempos, se plantea que la norma lingüística metropolitana debe ser considerada la norma nacional. Aunque las vías para fundamentar fórmulas de esa naturaleza no siempre se ajustan a cánones descartables, principios de buen criterio aconsejan mirar con cuidado la realidad socio y geodialectal del país.

El voseo puede ser un buen ejemplo en este pretexto para reflexionar sobre cuestiones que atañen no sólo a las normas del hablar argentino sino también a identidad, región y nación, simplemente porque el voseo puede ser un buen contraejemplo para comentar aquellas premuras de representación nacional: en efecto, el voseo creció pese a la competencia culta del tuteo con respaldo metropolitano (español) y pese a la virulenta campaña estigmatizadora sostenida y alimentada por la propia Academia de Letras y por los gramáticos argentinos hispanizantes y puristas del momento

En realidad la vida de la lengua se activa y bulle primordialmente en el uso popular. Es en el seno de la comunidad (de las comunidades) donde el castellano y otras variedades peninsulares habladas por los conquistadores españoles se fue acrisolando a lo largo de los siglos de la Colonia, y después a partir de la Independencia y la formación de la República. Lo hizo abriéndose a voces y expresiones procedentes de lenguas aborígenes y de millares de inmigrantes europeos, asiáticos y africanos llegados a estas tierras. El país cuidó su lengua, pero recibió aportes que siguen siendo estudiados y valorados y que en realidad nunca han cesado, como sabemos, con términos que actualmente se adoptan todos los días, como los que provienen del inglés, que por su abundancia han llegado a preocupar como la amenaza de una desfiguración parcial de la lengua de los argentinos.

Si bien en la globalización económica y tecnológica los media inciden cada vez más en la difusión y conformación de un modelo lingüístico cultural estandarizado en el país, no es fácil hablar de una nivelación nacional como un hecho cumplido, cuando en cada región los estratos socioculturales altos de la oralidad mantienen inevitable interacción con los niveles populares medios y bajos: hay una paradigmática de sociolectos que, en bloque, distingue a las regiones. La presunta asimilación de los sectores hegemónicos provinciales por la norma culta de Buenos Aires, basada en cuestiones de prestigio, no puede borrar fácilmente tendencias seculares que definen una fisonomía con rasgos identitarios de habla. Estos sobreviven pese a presiones todavía autoritarias y discriminadoras de la escuela y a la incidencia de indudable peso que ejercen los medios de difusión masiva, muy especialmente los metropolitanos.

En realidad, creo que todos podemos reconocer pautas para discutir la idea de existencia de una norma homogénea, a través de constancias diferenciadas según regiones e inclusive en distintos estratos y sectores de una misma comunidad, en torno de procesos de variación fonética, de dudas sobre la evolución del propio voseo, de temas de construcciones sintácticas utilizadas en la oralidad y que cada vez con mayor frecuencia emergen en la escritura, además de usos y desusos preposicionales y de clíticos redundantes, empleos léxicos y neologismos, e inclusive marcadores pragmáticos e interjecciones, en una rica muestra de variedades, compartidas en ciertos casos hasta por países hermanos.

Asumimos en este punto, para no perder el itinerario, que la norma lingüística de la sociedad nacional no puede postularse desde afuera como un modelo ideal y único de lengua, y mucho menos imponérselo a los hablantes, como durante demasiado tiempo lo ha hecho la corporación española de la Real Academia. La norma, entendemos, necesita ser dinámica y abierta y no cerrada, e inspirarse en la permanente conciencia de los dos ejes integradores en que se construye la lengua nacional: la diversidad territorial (regional) y la diversidad social. No rechazamos un principio de unidad y convergencia, pero éste no debe venir sino del uso de la lengua y de una adecuada política lingüística que atienda a la pluralidad nacional. La norma metropolitana culta, en todo caso, podría ser solo un referente fragmentario del hablar porteño en un momento dado.